

Rubén Bonifaz Nuño: el amor, Catulo, Ovidio y la amistad como un arte

Hernán Lavín Cerda

¿Qué significa, quién es Rubén Bonifaz Nuño en el aire de México y no sólo de México? Para mí es el alquimista clásico y romántico que como un Hermes Trismegistos lo transfigura todo en poesía; es decir, en el arte de la palabra. También es la fraternidad, el amor por los sueños de las antigüedades grecolatinas y precolombinas, la sabiduría de la compasión, la maestría del espíritu que siempre viene de muy cerca y de muy lejos, casi la paternidad de muchos, de varios, o de algunos de nosotros: una paternidad que igualmente se rige por las leyes de la rotación y la traslación, como sucede con nuestra pobre, triste, rica y jubilosa madre Tierra.

Bonifaz Nuño, de mirada compasiva y perspicaz, a punto de sonreír o de reír, desde la luz o la sombra del túnel, como si fuera un niño perpetuo, es el maestro de maestros que desde hace mucho tiempo se atreve, benditos sean Dionisio y Tláloc, a reírse del tiempo y de sí mismo y de toda maestría. Lo adivine o no lo adivine, él es una especie de monje taoísta en el siglo XX y en el comienzo del XXI, con su Publio Virgilio Marón, su Cayo Valerio Catulo, su Publio Ovidio Nasón, y la blancura de su perla en la corbata. Este gran poeta que puede cantar y sufrir de amor con un estilo muy propio que va del equilibrio a la desgarradura, es gloria del castellano de América que aún nos alumbramos, mientras lo alumbramos. Rubén Bonifaz Nuño participa del alumbramiento de un idioma en su esplendor, pero sin caer en la trampa de una solemnidad grave o estéril. Digámoslo una vez más: se trata de un taumaturgo de la lengua (¿qué auténtico poeta no lo es?) con un fermento de monje taoísta en

tranquilidad casi absoluta, como a su modo lo fueron, algún día, Juan Rulfo y Eliseo Diego. ¿La procesión más o menos convulsa va por dentro? No es imposible, aunque la poesía en verso o en prosa, ese gran arte de amar, es un regulador de voltaje del espíritu: el ansiolítico por antonomasia, Madre Nuestra, te pedimos que nunca nos abandones, Padre Nuestro, figuras talladas por la mano del espíritu y del asombro en el mundo de los antiguos indígenas que también sabían bailar y cantar sus ruegos. Poesía: Padre Nuestro y Madre Nuestra.

Sin duda que el impulso espiritual de Bonifaz Nuño nos enseña, sutilmente, con agudeza en la sonrisa de abuelo, de padre, de hijo, de nieto, y algunas lágrimas en sus anteojos. Mi alma piensa que así nos dice, como acaso sigue diciéndonos Gabriela Mistral: No seas violento, hermano, ten misericordia de tu sombra y de la sombra de los otros, pues tú también eres los otros. Piedad y más piedad por las criaturas humanas,

vegetales, animales, minerales. Jamás te olvides de la ciencia del equilibrio no siempre visible y del arte de la compasión. Cuida tu naturaleza original y recuerda que somos hijos de la Tierra, de la luz del sol y del murmullo del agua, sí, somos los hijos de la Pachamama, la que aún emerge del barro fúnebre y genésico del inframundo, la apapachadora, cruel a veces y benigna, la siempre antigua y siempre nueva Madre Naturaleza. Desde hace muchos años, Bonifaz Nuño, don Rubén, *il miglior* en sus alturas y en sus honduras, calmo o convulso en el cálamo que dibujan sus versos, se viste con su chaleco rubendariano de maese elegante y la perla que brilla, solitaria, discreta, inmóvil en su corbata gris, azul, o de color marengo como el espíritu adolorido y ceniciento, a menudo, de aquel Catulo suyo que ya es nuestro: “Que aquél es igual a un dios, me parece; / que aquél, si es posible, vence a los dioses, / el que con frecuencia ante ti sentándose / te mira y te oye / dulce riente, y eso todos, mísero, / me roba los sentidos, pues en cuanto / te miré, Lesbía, no me queda nada. / Mas cae mi lengua; entre mis huesos, tenue / flama se escurre, con sonido suyo / tañe el oído, cúbrese con doble / noche mis lumbres” (*Los poemas a Lesbía*, Catulo, versión de Rubén Bonifaz Nuño, Martín Casillas Editores, México, 1982). Puro Catulo, sin duda, *Dulce ridentem, misero quod omnis*, el más puro Bonifaz Nuño, que también nos enseña de este modo, así es, *De otro modo lo mismo* [Fondo de Cultura Económica, (Letras mexicanas), 1979], el célebre título de su antología mayor, lo mismo de siempre. Aún recuerdo al poeta en un diálogo de televisión: “Cuando hablo a solas, trato de decirme cosas que entiendo. La poesía suena más que ese ruido implacable, desde que el mundo es mundo. La poesía ha sido el único acto libre de mi vida: ella es mucho más que una cámara de espejos. Allí se toca fondo. Escribo poesía con un rigor versificante, pero sin pensarlo demasiado. Es un impulso orgánico, una descarga del cuerpo y del espíritu a través del lenguaje, un poder fisiológico. Si lo pensara mucho, no habría escrito ni un solo poema”. Es muy probable, asimismo, que Rubén Bonifaz Nuño acepte, como suyas, estas palabras de nuestro querido artista del

idioma, Alí Chumacero: “La poesía tal vez no sirve para nada. En eso radica su grandeza. Es un oficio de locos, más bien de iluminados. Me parece que los poetas son criaturas que perdieron el juicio. No están muy bien de la cabeza, gracias a Dios, aunque son felices, eso creo, tejiendo rítmicamente sus versos y sus sueños en el espacio y en el tiempo de la vigilia”.

Así como es imposible olvidar que Pablo Neruda, durante el invierno de 1961, hizo que se publicaran mis primeros poemas en la revista de arte y cultura *Ultramar*, que dirigía en Santiago de Chile el ensayista Enrique Bello, jamás olvidaré que aquí en México fue Rubén Bonifaz Nuño quien sirvió de puente para que la Universidad Nacional Autónoma de México editara en su colección *Poemas y ensayos* mi antología poética *Ciegamente los ojos* en 1977, con un glosario que preparó un poeta y maestro inolvidable, el nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez. En 1988, gracias al apoyo de don Rubén, volví a publicar un nuevo libro, *La felicidad y otras complicaciones*, que reúne relatos y prosas breves, en la misma editorial universitaria. Aquella vez, mi júbilo fue aún mayor, puesto que el volumen se abre con un prólogo breve y muy lúcido del propio Bonifaz Nuño; se titula “Lo posible y lo imposible”. Me permito ahora transcribir algunas líneas porque nadie, o acaso muy pocos, tal vez nadie ha vislumbrado lo que él descubrió en 1988: “Todo lo que es posible está en este libro. Y están en él también muchas cosas imposibles. Aquí las arañas y los caballos y las serpientes y los fantasmas y las cucarachas y los hombres, en traje de amos o esclavos, de víctimas o victimarios, representan incesantemente sus papeles sin sentido, y aman y matan y comen y se disuelven. Camiones y calles, alas y barcos, intercambian señales incomprensibles. Y las edades, y las miserias obscenas, y las cópulas tristes, ilustran las historias de la ciencia y el arte y la filosofía”.

¿Cómo olvidarme de aquellas conversaciones en su oficina, mientras observábamos, desde la Biblioteca Central, el césped casi eternamente verde del campo universitario? Con un interés auténtico, el maestro me preguntaba sobre la geografía de Chile, aquel tiempo de la luz y de los años fúnebres, y luego de Gabriela

Directorio

Dirección	Ricardo Pérez Montfort
Coordinación editorial	Horacio Ortiz
Edición	Isaac García y Javier Bañuelos
Corrección	Mario Carrasco Teja
Servicio social en asistencia editorial	Marga Canseco
Diseño	Miriam Aguirre
Publicidad y ventas	Jazmin Flores Varce

AL PIE DE LA LETRA ES una publicación que se encarta junto con la revista *Universidad de México* sin costo. ISSN en trámite. Certificado de licitud de título en trámite. Certificado de licitud de contenido en trámite. Reserva de uso exclusivo en trámite. Impresión: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.

Oficinas de la revista: Lado Poniente del Estadio Olímpico, Ciudad Universitaria, CP 04510, México, D.F. Tels. 5616 2422, 5616 7211. Correo-e: reunimex@servidor.unam.mx
Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. AL PIE DE LA LETRA acepta reseñas de novedades editoriales nacionales y extranjeras con una extensión no mayor a tres cuartillas (5700 caracteres).

Mistral y de Pablo Neruda en Isla Negra. Yo le respondía con lentitud: "Mire, don Rubén, sólo permanece flotando el espíritu de Neruda en aquella isla que no es negra y que tampoco es isla. Es un fenómeno parecido al Desierto de los Leones, donde, por lo que sabemos (salvo que la realidad cambie de un instante a otro), no existe el desierto y tampoco se escucha el rugido de los leones". Entonces, luego de una carcajada de ida, la suya, y una sonrisa de vuelta, la mía, él se levantaba de su escritorio y de un librero cogía un ejemplar de *Residencia en la Tierra*. "Mire, maestro", me decía con una sonrisa de tristeza leve o tal vez de nostalgia, "¿por qué no recordamos algunos versos libres de 'Barcarola'?" Y se ponía a leer de modo pausado y cadencioso: "Si solamente me tocaras el corazón, / si solamente pusieras tu boca en mi corazón, / tu fina boca, tus dientes, / si pusieras tu lengua como una flecha roja / allí donde mi corazón polvoriento golpea, / si soplaras en mi corazón, cerca del mar, llorando, / sonaría con un ruido oscuro, con sonido de ruedas de tren con sueño, / como aguas vacilantes, / como el otoño en hojas, / como sangre, / como un ruido de llamas húmedas quemando el cielo, sonando como sueños o ramas o lluvias, / o bocinas de puerto triste, / si tú soplaras en mi corazón, cerca del mar, / como un fantasma blanco, al borde de la espuma, en mitad del viento, / como un fantasma desencadenado, a la orilla del mar, llorando". "Es increíble, ¿no le parece asombroso?", me decía Rubén Bonifaz Nuño mientras observábamos alguna estatuilla prehispánica, un cuadro de su amigo Santos Balmori, y al fondo aquel césped como una alfombra, más o menos virtual, entre los árboles de un esplendor y de una oscuridad más verde y más intensa. "Vea cómo Neruda, en una expansión de círculos verbales, puede lograr su objetivo, abriéndose hacia el verso imantado y libre. A mí me cuesta mucho seguir ese camino. Yo diría que no puedo. Para encontrar la libertad en el reino de la versificación, necesito un corset que tenga una medida justa: el eneasílabo y el decasílabo, fundamentalmente, pues mi cadencia rítmica encuentra allí su libertad expresiva. En algunos de mis textos, sin embargo, he conseguido ir más allá de ese registro métrico, aun cuando dicha experiencia no me satisface plenamente. Es por eso que no se me da en plenitud, como quisiera, la poesía en prosa. Observe usted el caso de Jaime Sabines: en su escritura poética, hasta los defectos tienen luz propia y funcionan bien. No es mi caso, ¿no le parece?" "Ay, don Rubén, pienso que usted exagera un poco, me parece que no es para tanto. Yo no lo veo así, con esa

autocrítica tan rigurosa, puesto que los hilos del corset no se advierten en su poesía, no la asfixian con ese olor de cadavérico academicismo. Permítame recordar algunos versos suyos en voz alta, que pertenecen al texto 22 de su libro de 1961, *Fuego de pobres*: 'Algo se me ha quebrado esta mañana / de andar, de cara en cara, preguntando / por el que vive dentro. // Y habla y se queja y se me tuerce / hasta la lengua del zapato, / por tener que aguantar como los hombres / tanta pobreza, tanto oscuro / camino a la vejez; tantos remiendos, / nunca invisibles, en la piel del alma. // Yo no entiendo; yo quiero solamente, / y trabajo en mi oficio. / Yo pienso: hay que vivir; dificultosa / y todo, nuestra vida es nuestra. / Pero cuánta furia melancólica / hay en algunos días. Qué cansancio. // Cómo, entonces, / pensar en platos venturosos, / en cucharas calmadas, en ratones / de lujosísimos departamentos, / si entonces recordamos que los platos / aúllan de nostalgia, boquiabiertos, / y despiertan secas las cucharas, / y desfallecen de hambre los ratones / en humildes cocinas. // Y conste que no hablo / en símbolos; hablo llanamente / de meras cosas del espíritu".

Cuando el Instituto Nacional de Antropología e Historia, en coedición con la Secretaría de Educación Pública, editaron en 1981 aquel hermoso volumen que se titula *El arte en el Templo Mayor. México-Tenochtitlán*, con textos de Rubén Bonifaz Nuño y fotografías de Fernando Robles, pude confirmar que don Rubén estaba en un error al decir que la poesía no reinaba en el espacio de su prosa. Recordé casi de inmediato el vigor y la elegancia de la poesía en prosa de Gabriela Mistral en su libro *Croquis mexicanos* (Nascimento, Santiago de Chile, 1979), cuya selección y prólogo pertenecen a Alfonso Calderón, otro prosista de alto registro en nuestra lengua. Escuchemos algunas líneas de Bonifaz Nuño sobre Coyolxauhqui, la diosa desmembrada y poderosamente expresiva dentro de un círculo de piedra: "En su lecho de roca levantado sobre antiguas escalas cuyo ascenso no desembocaba ya en el cielo, reposaba invisible la diosa, guarnecida por el homenaje múltiple de ofrendas llegadas por los cuatro caminos del mundo. Saurios, pájaros, peces, serpientes, antílopes, oro, conchas; criaturas de la tierra, el aire, el agua, el fuego, se habían reunido en torno de ella, conciliados en el mismo impulso de propiciar potencias victoriosas, abridoras de vías de reconocimiento para el espíritu de hombres menesterosos y merecedores". Puro Bonifaz Nuño, aunque de súbito nos desorienta, y puro Robles en aquellas fotografías espléndidas. Dos grandes artistas de

México y no sólo de México. Por aquellos años de principios de la década de 1980, visité varias veces a don Rubén. Con sutileza y júbilo me hablaba de los poetas grecolatinos, pero también de los creadores de la antigua Mesoamérica. Un día se refirió al Museo de Antropología que está ubicado en Jalapa, Veracruz:

—No deje de visitar ese museo: contiene unas piezas maravillosas. Los antiguos mexicanos, como otros grupos étnicos, no hacían arte. Sus esculturas eran otra cosa. Un acto mágico, religioso, una cosmovisión desde el cuerpo de las piedras, un diálogo con las fuerzas ocultas, una acumulación de energía, una carga que puede estallar en cualquier instante. Sólo habita la intensidad del enigma en dichas piezas escultóricas. Fueron esculpidas como un todo orgánico, son abismal y celestialmente orgánicas, palpitan y respiran lejos de la razón o del pensamiento lógico de Occidente. Cuando me aproximo a ellas, intento despojarme de los prejuicios éticos y estéticos del mundo occidental. Quiero dialogar con ellas a través de imágenes; verbalizo la relación. Me olvido entonces de Virgilio, de Catulo, de Propertio, de Ovidio, y permanezco, silencioso, observando las figuras, y al fin me atrevo a preguntarles: ¿Y tú, quién eres, ven a mí, quién eres? Hasta que de pronto me responden y trato de captar esas señales. Los cuerpos escultóricos, desde los plenos poderes de su energía, finalmente nos hablan. Observo con lentitud los detalles: la rugosidad o porosidad de las pequeñas o grandes piedras, y de improviso aparece el ritmo verbal adecuado, un fluir de imágenes que establecen un vínculo misterioso con el ritmo interior de cada figura. Siento que algo me sucede cuando estoy junto a esas piedras: un impulso orgánico y fecundante, un desequilibrio que limita con el asombro. He vuelto a recobrar la energía latente del asombro. Y si hay alteración orgánica, hay alteración fisiológica; ya sabemos que la escultura y la escritura, al fin, son fisiología. Por ejemplo: alguna vez puse la mano en el entrecejo de una cabeza de rasgos olmecas y cerré los ojos. Aparecieron, paso a paso, las visiones. Se ven cosas, sí, estoy seguro. Sólo a usted, querido Hernán, le cuento estas cosas, porque me consuela saber que se ha vuelto loco, al igual que yo, o tal vez un poco más. Sospecho que estamos en el umbral de lo visionario. No a cualquiera le digo lo que acabo de decir esta mañana. Nos volveremos a ver, maestro, y que los dioses más antiguos nos protejan.

Ahora tengo en mis manos el volumen *Ovidio. Arte de hacerse amar*, de Rubén Bonifaz Nuño, que publicó en noviembre del 2000 el Instituto de Investigaciones

Filológicas de la UNAM. Veo que don Rubén jamás abandonará el espacio imaginario que construyeron los poetas grecolatinos. Ovidio, como jugando, es el cantor de los tiernos amores, y, a su modo, Bonifaz Nuño también es el poeta del amor, aunque éste sea, con una frecuencia perturbadora, el surtidor de la nostalgia, la melancolía y el desgarró. Somos felices en los brazos del amor, pero ¿por cuánto tiempo? Cómo olvidar la frase de aquel otro poeta que dice: “Ay, cuerpo, quién fuera eternamente cuerpo”. A través de los versos de Publio Ovidio Nasón en su *Arte de amar*, el autor de la antología *De otro modo lo mismo* nos recuerda que la juventud corporal va desapareciendo como el perfume de la rosa y la vehemencia inmóvil de sus espinas. Dice Ovidio en la versión de Rubén Bonifaz Nuño: “Qué aprisa, mísero de mí, se aflojan los cuerpos con rugas, y perece el color que fue en el rostro nítido”. O bien: “Y las canas que juras que desde muchacha tuviste, se esparcirán de súbito por tu cabeza toda”. Sin embargo, la mujer puede acudir al artificio para recobrar la lozanía: “La mujer, su canicie tiñe con hierbas germanas, y un color, con el arte, mejor que el real, se busca; / la mujer avanza densísima de cabellos comprados, y suyos, con dinero, hace otros, por los suyos”. El poeta de *Albur de amor* señala que “el hombre, en cambio, carece de toda defensa, y tiene que soportar la fealdad impuesta por su precipitada decadencia”; nosotros, los varones, dice Ovidio, “mal destocados somos; robados de la edad, los cabellos caen, como la frondas si el bóreas se sacude”. A juicio del poeta mexicano, en el siguiente verso de Ovidio aparece la conciencia de la brevedad de las cosas. Es “uno de los versos más colmados de significación que jamás se hayan escrito: ‘E, ida la rosa, entíesase la abandonada espina’. En la sabiduría de Ovidio, vemos que la rosa, “el objeto mismo de la comparación, está ausente; no existe ya sino como memoria triste”.

No es fácil cultivar el sueño en el ámbito de la vigilia; se requiere de un ejercicio cotidiano. En la incierta precisión de este momento, yo descubro a Rubén Bonifaz Nuño mientras conversa con alguien que tal vez se parece a mi sombra en su oficina de la Biblioteca Central. ¿Sobre qué estarán dialogando? Esta sombra agradece a los dioses de la antigüedad por haberme concedido la fortuna de conocer a don Rubén en carne y hueso, el gran maestro, y la sombra de don Rubén responde, luego de una sonrisa juvenil y estimulante por lo sabia: “No es para tanto, querido Hernán. Buscamos la certeza de las cosas y, cuando la hallamos, nos mordemos los labios sin que nos demos cuenta”. ●